



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



014-00i

¡AY DE MI SI NO TOMISTIZASE! (*¡Vae mihi si non thomistizavero!*)

Jacques Maritain

Prefacio de Maritain a su libro 'El Doctor Angélico', de 1930

No es esta obra una exposición de la doctrina tomista, sino más bien un ensayo que intenta esclarecer ciertos aspectos esenciales de la personalidad y de la acción del Doctor Angélico, y me refiero no tanto a su acción pretérita cuanto a su acción presente y siempre eficaz: pues no tratamos de un tomismo medieval, sino un tomismo perdurable y actual.

En el prefacio del 'Antimoderno' escribíamos: "*Sería de una ingenuidad extrema, abordar el pensamiento moderno y simpatizar con todo lo que tiene de bueno sin tomar la precaución de discernir sus principios espirituales. Por el contrario, solamente una vez hecha tal distinción, una vez asegurado el trabajo de entendimiento que garantice el carácter específico de nuestra vida intelectual, entonces y sólo entonces, podremos y deberemos dejar que juegue libremente la tendencia universalista, tan admirablemente manifiesta en Santo Tomás de Aquino, que obliga al pensamiento a buscar en todo las concordancias más que las oposiciones, los fragmentos de verdad más que sus privaciones y desviaciones, a salvar y retomar más que a derribar, a edificar más que a destruir.*"

En realidad, no falta trabajo a los católicos; y halla suficiente materia su espíritu de iniciativa. A ellos les incumbe hacer frente a una tarea de integración universal...”

En adelante la filosofía tomista contemporánea se esforzará, ante todo, así lo esperamos, por realizar este trabajo de unificación y construcción. Se habría de comenzar reanudando los lazos vitales por los que la sabiduría continúa entre los hombres, como también anulando los grandes errores que sirvieron de obstáculos a esa continuidad. Dicha crítica del error, en realidad, nunca debe cesar; pero nosotros miramos hacia el porvenir.

Bien echamos de ver que semejante empresa se ha de realizar en un ambiente de frivolidad. Siendo verdad que un gran número de católicos, sobre todo desde hace cincuenta años, no ha querido aceptar las lecciones del Espíritu Santo y de Roma, que les exigían no amenguasen, con medidas demasiado humanas, una religión divina, ¿por qué maravillarse de que con harta frecuencia también, ante la difícil tarea – pero que les atañe – de juzgar al mundo y la hora presente a la luz de las verdades eternas, como León XIII les exhortaba, hayan rehusado la búsqueda del bagaje doctrinal indispensable en el Doctor Común de la Iglesia? Así es cómo, por un fenómeno poco sorprendente por cierto, surgió del seno de cierta inteligencia, piadosa a la vez que ligera, la más enconada e insidiosa oposición contra Santo Tomás.

Concerniente a los sectores aquellos en que se da por contada la liberación del dominio de la Verdad primera, lo extraordinario es que el tomismo no haya sido el objeto de una sólida aversión.

Tales oposiciones no pueden menos de darnos valor para seguir insistiendo con más ahínco todavía. Nos ponen de manifiesto hasta qué punto el renacimiento tomista, por un lado apremia esa comodidad ecléctica y, por otro, esa aspiración a un mundo sin Dios. Hasta el presente ha triunfado de muchos obstáculos; no hay posible ignorancia o disimulo; hay, en el mundo entero, espíritus que se interesan por él. Sabemos que, ante los pasos de Dios, corre la sabiduría de Santo Tomás por los senderos del mundo. Quienes aman la verdad se sentirán tanto más atraídos hacia la grandiosa luz de esta sabiduría, cuanto más arrecien los poderes de la ilusión. Nuestra obligación consiste en preparar el camino

hacia ella. Razón de por qué hemos dicho ya y volvemos a repetir: *¡Vae mihi si non thomistizavero!*

Si quienes se escandalizan de estas palabras nos hubieran honrado leyéndonos con mediana atención, en vez de entregarse a simplificaciones en extremo cómodas, quizás hubieran comprendido que si tomistizamos no es “*para tranquilidad propia*”, sino más bien por amor suyo; ni alardearían de que únicamente pretendemos “*declarar ilegítimas*” y “*anular*” las aspiraciones de nuestro tiempo; ni nos objetarían lo que nosotros mismos pensamos, es decir, que “*se trata de ordenar la fecundidad de aspiraciones que el mundo moderno engendra y que para esto es preciso contar con ellos*”. Hubieran comprendido, en fin, que no es nuestro designio “*proclamar el orden*”, sino, en cuanto la voz y la fuerza nos lo permitan, convocar operarios que, bajo la pauta del Doctor Angélico, se dediquen a “*construir el orden*” según la verdad. Tras larga expectativa se ha iniciado esa tarea en los dominios de la filosofía: sin embargo, no pasa aún de ser un simple comienzo; tan amplia y difícil es la tarea por efectuar. Por nuestra parte juzgamos no haber realizado nada todavía.

De nada vale presentar, con ciertos críticos, al “*neotornismo*” como una “*panacea*” recomendada para dispensar del esfuerzo intelectual y favorecer la inercia, o destinada, según otros, a mantener un sentimiento de seguridad social; pretender que para los tomistas la Suma Teológica es “*una sólida y exclusiva revelación*” de todas las verdades, etc. No ocultamos la satisfacción que, con sus tan patentes antinomias, nos causan los adversarios de nuestra querida filosofía.

Aprovechemos, sin embargo, la oportunidad que nos brindan para declarar una vez más:

Existe una filosofía tomista, pero no una filosofía neotomista. No pretendemos incluir el pasado en el presente, pero sí mantener en el presente la actualidad de lo eterno.

El tomismo no intenta regresar a la edad media. Como escribíamos en el prefacio al ‘Antimoderno’, “si somos antimodernos no es ciertamente por antojo personal, sino por cuanto lo moderno, nacido de la revolución anticristiana,

nos obliga con su espíritu a serlo, ya que opone su propia especificación al patrimonio humano, odia, desprecia el pasado y se adora; y por cuanto odiamos y despreciamos ese odio, ese desprecio y esa impureza espiritual; mas si trata de salvaguardar y asimilar toda la riqueza de ser, acumulada en los tiempos modernos, y de amar el esfuerzo investigador y de anhelar las renovaciones, en verdad optaríamos entonces por ser ultramodernos. ¿Acaso los cristianos no suplican al Espíritu Santo que renueve la faz de la tierra? ¿No esperan ellos la vida del siglo futuro? Allí se hallará la renovación, y para todo el mundo. Nos admira el arte de las catedrales, Giotto y el Angélico; pero detestamos el neogótico y el prerrafaelismo. Sabemos que el curso de los tiempos es irreversible; por más que admiremos el siglo de San Luis, no por eso queremos regresar a la edad media, según la absurda aspiración que ciertos críticos agudos con tanta generosidad nos atribuyen; lo que nosotros esperamos es ver restituidos en un mundo nuevo, para informar una materia nueva, los principios espirituales de los cuales la civilización medieval no nos presenta, en sus épocas mejores, más que una realización histórica particular de superior calidad, a pesar de sus enormes deficiencias, pero definitivamente pretérita”.

El tomismo usa la razón para distinguir lo verdadero de lo falso; no quiere destruir sino purificar el pensamiento moderno e integrar toda verdad descubierta después de Santo Tomás. Es una filosofía esencialmente sintética y asimiladora, la única que intenta, de verdad, realizar una obra de continuidad y universalidad a través de los siglos. Es asimismo la única que, elevándose por entero a la ciencia de lo suprasensible, exige, en primer lugar, a la experiencia, una plena adhesión a la realidad sensible. A ella pertenece entresacar del inmenso aporte, acumulado desde hace cuatro siglos por las ciencias experimentales, una auténtica filosofía de la naturaleza, como también, en otro dominio, integrar el tesoro artístico de los tiempos modernos en una filosofía del arte y de la belleza verdaderamente universal, a la vez que comprensiva de los esfuerzos del momento presente.

El tomismo no está ni a derecha ni a izquierda; no se sitúa en el espacio, sino en el espíritu.

El tomismo es una sabiduría. Entre él y las formas particulares de la cultura deben reinar incesantes intercambios vitales, pero en su esencia es rigurosamente

independiente de tales formas particulares. Así la filosofía tomista posee los principios más universales de la estética y, con todo, no se podría, claro está, hablar de una escuela literaria, de una pintura, de una novela, de una poesía específicamente “tomista”. De igual manera la teología tomista encierra los grandes principios de la política cristiana, y con todo no se podría hablar de un partido político “tomista”. La sabiduría de Santo Tomás está por encima de toda particularización. Y en esto participa en algo del mismo catolicismo. El catolicismo es una religión no sólo universal sino universalista, la verdadera religión, El tomismo es una filosofía y una teología. “Católico”, predicado de algo que no sea esta religión, y “tomista”, de algo que no sea esta filosofía o esta teología, son designaciones materiales que no se refieren a lo que se deriva esencialmente del catolicismo o del tomismo, sino a la actividad, de hecho, ejercida, en tal dominio particular, por tal “sujeto” católico o tomista. Y, a decir verdad, nada debemos temer tanto como el que se aprecie la verdad, humana o divina, a través de nuestras propias limitaciones y errores.

Considerar al tomismo como un vestido que se acostumbraba usar en el siglo XIII, que ya no se viste más, y como si el valor de una metafísica fuese una mera función del tiempo, es un modo de opinar verdaderamente bárbaro. La inteligencia nos exige tener por valedera – si está en la verdad – una sola doctrina filosófica entre todas las demás; lo que no impide aquello de que la investigación filosófica es indefinidamente progresiva.

No menos pueril es juzgar el valor de una metafísica en función de un estado social por conservar o destruir. La sabiduría tiene otras medidas. Las inspiradas explicaciones históricas de Marx o de Sorel, por lo mismo que juzgan la causalidad material relacionada efectivamente con las cosas humanas, pueden dar razón del éxito o fracaso de una filosofía en un determinado medio social: pero nada pueden opinar sobre lo formal de tal filosofía. Y tratándose de una doctrina más o menos bosquejada o preparada en las más antiguas tradiciones filosóficas de la humanidad, formada en la sociedad helénica en tiempos de Aristóteles, reasumida y sistematizada en la sociedad feudal en tiempos de Tomás de Aquino, y cuya espiritualidad se mantiene intacta a través de las diversas edades, tratándose, digo, de tal filosofía es, en verdad, un absurdo singularmente admirable considerarla como una “*reacción defensiva*” de la sociedad burguesa de nuestros tiempos, cuyos principios supremos, por lo demás, son harto opuestos a los principios de Santo Tomás.

La filosofía de Santo Tomás es, en sí misma, independiente de los datos de la fe y, en sus principios y estructura, no se origina sino de la experiencia y la razón.

Esta filosofía, sin embargo, hállase en vital comunicación con la sabiduría superior de la teología y con la sabiduría de la contemplación, si bien se mantiene perfectamente distinta de las mismas. Precisamente por este contacto con las sabidurías superiores, y con la vida intelectual de la Iglesia, obtiene aquélla el poder de salvaguardar entre los hombres la pureza y la universalidad que le son propias.

Estas verdades que acabamos de recordar son, por cierto, muy elementales. Sin embargo, por más que, a falta de tipos de cartel o letreros luminosos, hayamos empleado la bastardilla, no pensaremos haber atraído la atención de ciertos espíritus decididos a no comprender. Por nuestra parte, cuando les explicamos a nuestros contemporáneos la necesidad de incorporarse a la escuela de Santo Tomás de Aquino, tenemos presente que nos encontramos en la misma para invitarlos mas no para violentarlos. *“El que quiera escuchar que escuche, y quien no quiera escuchar que se abstenga de hacerlo.”* (Ezequiel, III, 27)

A decir verdad, en el fondo de cuanto ordinariamente se suele oponer al actual renacimiento de la filosofía de Santo Tomás, hay un prejuicio único: uno de nuestros críticos lo sacaba a relucir ingenuamente cuando hablaba de ese *“autor del siglo XIII”* a quien *“se quiere realzar por encima de la historia”*.

La cuestión estriba en saber si hay o no derecho a admitir algo por encima de la historia, y si pueden existir valores suprahistóricos. ¡No!, responden nuestros censores. Ellos están dispuestos a reconocer que Tomás de Aquino fue una gran luz, tan grande como se quiera, sublime, inmensa: pero con la condición de que esa luz haya brillado pero que ya no brilla; con la condición de que de Santo Tomás subsista tan sólo aquello que pudo sobrevivirle, de ola en ola, en el flujo de lo sucesivo.

Lo que les ofende, indigna, escandaliza, es el pensamiento de que subsista siempre, él, Tomás de Aquino, que domine la historia, que su luz, porque es espiritual, que su pensamiento, porque es verdadero, perduren hoy, como en tiempos de San Luis, con su grandeza esencial y su esencial eficacia.

Sumergiendo toda la realidad, aun la espiritual, en el flujo del tiempo, considerando la misma substancia de la sabiduría como esencialmente determinada por el tiempo y por la historia, piensan que reconocer una inmutabilidad cualquiera que por sí misma se impone, es detener el tiempo, inmovilizar la historia, intentar la solidificación del flujo mismo de la sucesión; no entienden que la inmutabilidad de lo adquirido por la sabiduría, no está en el tiempo sino sobre él y lejos de paralizar la historia acelera su curso y el progreso del saber.

Su filosofía, con visos de brillantez, es la miseria misma, una carencia de intelectualidad, un profundo materialismo. Contra ella sostenemos que la verdad no pasa, que no se diluye con la historia; que el espíritu no fluye, que hay estabildades no de inercia sino de espiritualidad y de vida; valores que no son temporales; adquisiciones eternas; que el tiempo está en lo eterno como un trozo de oro apretado en una mano, y que la inteligencia es trascendental con respecto al tiempo.

Enero de 1930.